lia? Ella puede equivocarse. Á menos que... Sí. ¿Habrá aquí un complot?... Que Juan está bajo la influencia de Ferrand, es lo cierto. Demasiado lo he notado antes. Esta manera de catequizar valiéndose de una mujer se parece bien á los procedimientos que emplean los jesuitas. (No se envenena uno impunemente durante años con libelos calumniosos. El profesor radical había leído tantos artículos denunciando las ocultas intrigas de la Iglesia, que había llegado á creer sin vacilar en los más odiosos maquiavelismos cuando se trataba de un clerical, aunque éste fuera un universitario como él.) Esa gente recluta sus víctimas como pueden. Ferrand habrá visto que mi hijo es un joven de talento, y le habrá arrastrado á su casa con tanto más gusto cuanto que es hijo de un librepensador declarado. Habrá notado que Juan tenía inclinación hacia su hija y se habrá servido de este cebo para pescarle... ¿Pero es posible?... ¿Y por qué no?... En cuanto al matrinonio, eso es otra cosa. ¿Un matrimonio? No creo que Ferrand quiera. Sabe que Juan no tiene ninguna fortuna, y esa gente es muy interesada. Si no lo fuera estaría con nosotros. Y luego, sería preciso que Juan se hiciese católico. Es libre... ¡Él católico! ¡Él! ¡Ese cúmulo de groseras supersticiones admitido por esta hermosa inteligencia que he visto crecer y que yo mismo he formado! ¿Es posible?... Lo que es posible, lo que es probable es que esa chiquilla le habrá engatusado con coqueterías, y que Ferrand habrá aprovechado la ocasión... ¿Acaso será tan encantadora? ¿Cómo será?.. Yo he debido encontrarla con su padre; pero no me acuerdo de ella... ¡Pobre Juan, tan recto, tan sencillo, tan leal! ¿Si se habrán burlado de su candor esa chiquilla y su padre? Para la buena causa todo les está permitido: *Ad Majorem Dei Gloriam*... Sin embargo,



le ha prestado esos cinco mil francos. ¿Y qué le costaba eso? Es rico, y estaba seguro de que se le devolvería ese dinero... ¡Ah, qué lástima no poder devolvérselo hoy mismo! Este hubiera sido un pretexto para ir á su casa... ¿Por qué no había de ir? ¿Acaso no tengo ese pretexto? Mi hijo le ha pedido prestada una regular cantidad. Lo he sabido, y como amigo suyo que soy voy á darle las gracias. Es un paso no sólo permitido sino obligatorio .. ¿Darle las gracias ó echárselo en cara?... Porque una petición como ésa exige que se prevenga al jefe de la familia, sobre todo entre colegas. Tengo derecho para hablar á Ferrand muy clarito sobre este particular y de quejarme cortésmente pero con firmeza, tanto más cuanto que puedo anunciarle que la deuda será pagada dentro de tres días .. Este plazo, cuyo motivo le explicaré recordándole mi pobreza, que no ignoraba, le hará sentir que no debía prestar semejante cantidad á un joven sin capital... Sí, iré á su casa y en este mismo momento.

En el tumulto de esta meditación algo incoherente, como hemos visto, el paseante había hecho ese cambio de frente que en un cuarto de hora le condujo á la puerta del padre de Brígida. Que se acordase de las señas exactas de Víctor Ferrand, siendo así que los dos profesores se enviaban mutuamente una simple tarjeta el día de año nuevo, era ya una prueba más de la atención que prestaba, á pesar suyo, á los menores gestos de su antiguo camarada de la Escuela Normal. El aspecto de la vieja morada, cuya severidad había gustado siempre á su hijo, acabó de irritar á José Monnerón. ¿Cuál era el sentido exacto del paso que iba á dar en ese momento? Él mismo no hubiera podido decirlo. Esta incertidumbre se convertía en un estado de hostilidad casi violenta contra el huésped de

esa silenciosa casa, al mismo tiempo que la necesidad de tener con él una explicación decisiva acerca de Juan aumentaba á medida que subía los escalones de la monumental escalera de piedra. La idea de que su hijo había subido y bajado tantas veces esos escalones, sin que él lo supiera, — ¿con qué sentimientos? — le causaba fiebre. No se había detenido en la portería por miedo á tropezar con una consigna. Cuando el criado que vino á abrirle, le respondió que el señor Ferrand no estaba en casa, insistió rogando que le pasasen su tarjeta. Su contrariedad al oir por segunda vez que no estaba en casa, fué tan visible, que el criado le dijo que iría á preguntar cuándo volvería su amo:

— La señorita lo sabrá probablemente, dijo el criado.

— ¿La señorita está ahí? ¿Quiere usted preguntarle si puede recibirme un minuto?

Monnerón había hablado en un movimiento de impulsión irreflexiva que se trocó en un verdadero sufrimiento de timidez cuando fué introducido, pocos instantes después, en el despacho del filósofo, donde el retrato de Arnaud de Andilly, colgado de la pared entre dos cuerpos de biblioteca, ennoblecía siempre con su meditabunda gravedad aquella pieza cuyas altas ventanas daban paso á una hermosa luz apacible. En esta decoración de viejas molduras y vetustos libros, en donde atestiguaba la asiduidad del filósofo el vasto escritorio cargado de papeles, la gracia de la señorita Brígida Ferrand debía causar al pobre mártir de la enseñanza, que era también padre de Julia, una impresión casi desgarradora. El contraste era muy fuerte entre su destino de funcionario improvisado, tan precario, tan agobiado de cuidados materiales, y el tranquilo solaz intelectual que había asegurado á su colega el largo pasado burgués de su opulenta familia. Cruel era también la antítesis entre la hija seducida porque había estado mal educada, mal vigilada y mal relacionada, que el profesor pobre acababa de dejar en su cama de dolor, y la pura, la fina criatura tan preservada, tan rica, que le recibía toda estremecida, con las pupilas azules tan llenas de tierna emoción, con las mejillas teñidas de tal rubor que acentuaba el brillo de su hermosa cabellera rubia. Brígida estaba sentada al lado de una mesa portátil en la que mostraba sus teclas de minúsculo piano una máquina de escribir. En la máquina había una hoja á medio llenar. Un manuscrito colocado al lado revelaba la ocupación de humilde y adicta colaboradora que desempeñaba esta niña hechicera, con el fervor admirativo que le comunicaba la contemplación del pensamiento del Bonald moderno cuyo nombre llevaba y cuya alma y convicciones bienhechoras había heredado. La visita del padre de Juan, del joven á quien amaba y por quien era amada, la había sobrecogido de tal modo, que le faltaba casi la voz para responder á la pregunta del visitante tan emocionado como ella:



— Me he tomado la libertad de insistir, señorita, porque desco de veras ver hoy á su padre de usted... He pensado que usted sabría quizá á qué hora tendré la suerte de encontrarle...

— Dentro de un momento, dijo Brígida. Ha salido después de almorzar para ir á casa de mi hermana, á la calle de *Notre-Dame-des-Champs*. Me extraña que no haya vuelto ya.

Y ambos guardaron un momento de silencio. Ignorante de los acontecimientos trágicos ocurridos en la familia Monnerón en estos ocho días, Brígida había atribuído en seguida esta visita del padre de Juan á la conversación solemne que el padre de ella había tenido con el joven, precisamente el otro jueves. Juan había

hablado á Mr. Monnerón. Éste traía la contestación definitiva que debía fijar para siempre su dicha ó su desgracia, y, para su espíritu religioso, alguna cosa más todavía. Era tan creyente que esperaba que esta respuesta sería favorable, habiendo pedido tanto. No hemos olvidado el candoroso suspiro en que se había explayado su fe : « Es como si hubiera recibido una promesa... » Pero también estaba tan enamorada que temía esta eterna amenaza de la suerte que todos los enamorados han sentido pesar sobre su amor. Esta amenaza la estaba viendo ahora en la fisonomía de este hombre que la miraba con ojos en que descubría tan profunda turbación que la tenía desconcertada. Monnerón, por su parte, estaba agobiado por el peso de esta comparación de su propia suerte con la de Víctor Ferrand. El sentimiento de hostilidad con que había venido había aumentado más. Sin embargo ¿podía permanecer insensible al encanto emanado de esta delicada flor, de esta virgen de frente iluminada de pensamientos? En los hombres cuya juventud ha sido casta y que han respetado á las mujeres, hay un sentido exquisito de la joven, de su gracia y de su poesía. ¿Cómo no se había de conmover Monnerón hasta el fondo del alma al pensar que este adorable rostro era el que había encantado á su hijo? Esta mezcla de aversión y de ternura vibraba en el acento que empleó para decir una frase trivial. Pero en las situaciones como en la que se hallaban estos dos seres uno respecto de otro, hasta las fórmulas convencionales de educación se cargan de simpatía ó antipatía.

— Le esperaré, si usted me lo permite, señorita... La he interrumpido y la suplico que continúe como si yo no estuviera presente...

— No corre gran prisa este trabajo ; estaba transcribiendo algunas páginas para mi padre...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA MALPICA Y MAYOR APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¿Le sirve usted de secretaria ?

— De copista, sencillamente.

— ¿ Está preparando otro libro Ferrand?

— ¿ Un libro ?... No, es la segunda parte de su estudio sobre el cardenal Newman que comenzó el mes pasado en... Y nombró uno de los periódicos más conocidos de los que en estas últimas crisis han tenido el valor de defender la santa causa de la conservación social contra el salvajismo de los revolucionarios del pueblo y contra la mala fe ó ilusionismo de la burguesía.

— No he leído ese primer artículo, dijo José Monnerón ; verdad es que no estoy de acuerdo con las ideas de esa Revista. No la veo jamás...

— ¿No sería de gran interés el que los adversarios de buena fe se conociesen mejor ? se atrevió á replicar la joven. Si usted la leyese vería desde luego que procura ser imparcial...

— No se puede ser imparcial en tiempos de lucha. Más diré ; no se debe serlo. Que cada cual elija su campo y que se mantenga allí á pie firme... Yo no pido la imparcialidad ni para los míos ni para mí ; así como tampoco la concedo...

Estas palabras las había dicho en el tono áspero y duro que empleaba en sus momentos sectarios. Brígida Ferrand estaba poco acostumbrada á encontrar enemigos de sus íntimas creencias, y las pocas palabras de éste tenían para ella en aquel momento gran importancia. Se puso mucho más colorada y su corazón empezó á latir con tanta fuerza que la ahogaba. Hizo ademán de coger la máquina de escribir como si fuera á llevarla á otra habitación ; pero en realidad para serenarse. Sus brazos temblaban tanto que apenas pudo levantar la máquina. La volvió á dejar so-

bre la mesa y se sentó para no caerse. Estas señales de profunda confusión causaron un remordimiento á José Monnerón por la frase contundente con que había brutalizado á esta frágil criatura, cuyo sentimiento se revelaba en la emoción que tenía en su presencia. Dió un paso hacia ella, y dando tono más dulce á la voz, le dijo:

— Dispense usted, señorita, si la he ofendido...

— No me ha ofendido usted, caballero... El cambio repentino de su interlocutor acababa de desconcertarla. Hubo un momento en que no fué dueña de sus nervios, muy sacudidos, y los ojos se le arrasaron en lágrimas. José Monnerón vió que se formaban en el azul de sus azules pupilas, que mojaban sus hermosas pestañas y que corrían abrasándole las mejillas. Grande era también la emoción de Monnerón, y una vez más, los sentimientos de padre vencieron á los del hombre desazonado y fanático. Vió claramente la dicha de su hijo en el amor de este corazón tan puro, y por lo bajo, como si tuviese miedo de la pregunta que iba á hacer, dijo:

— ¿Ama usted á Juan? ¿Le ama usted?...

La joven le miró con ojos que revelaban cierto terror, así como un gozo intenso, súbito, inesperado, casi loco. Hubo un instante en que se puso pálida como una muerta; pero de repente el pudor de este íntimo secreto de su alma, descubierto de tal manera, agolpó toda su sangre á la cara. La joven cerró los ojos y levantándose salió de la biblioteca antes de que José Monnerón pensase en detenerla. Allí estaba inmóvil, como asombrado, trastornado también por esta escena muda y, sin embargo, tan elocuente, cuando el amo de esta apacible morada de trabajo, el catequista de almas á quien quería disputar su hijo, el mismo Víctor Ferrand entró en la biblioteca. El saludo mutuo que cambiaron los dos compañeros de escuela, fué pronunciado con la misma voz con que se hablaban en otro tiempo en el patio de la calle de *Ulm*, antes de 1870; — y corría entonces el 1900. Lo que menos había cambiado á través de los años, es el tono, así como la mirada y el gesto. Con esta misma voz que evocaba lejanas discusiones de ideas, el padre de Juan dijo al de Brígida:



— Ferrand, he sabido que has prestado á mi hijo una cantidad importante de dinero.. Venía á decirte que te la pagaré dentro de tres días, porque antes me es imposible; y al mismo tiempo á darte las gracias y á quejarme por no haberme advertido... Pero ya no se trata de eso, sino de lo que acabo de saber y que es tan grave que no puedo menos de decírtelo... Ferrand, apelo desde luego á todos nuestros recuerdos de juventud. Te pido que me respondas con la misma franqueza que yo uso para preguntarte. Tú recibes á mi hijo Juan en tu casa... ¿Has notado si tiene inclinación por tu hija?...

— Sé que la ama, respondió Ferrand, después de vacilar un instante por la sorpresa.

— ¿Y tú sabes que ella le ama?

— Sí, y tu hijo también lo sabe. Yo mismo se lo hice saber cuando vino á pedirla en matrimonio...

— ¿Te la ha pedido en matrimonio y tú le has permitido dar ese paso?... ¿No le has dicho que debía de haberme hablado á mí antes?... ¿Ni él mismo ha sentido la necesidad de confiar en mí y tratarme como su mejor amigo? ¡Ah, ese ingrato no me ama!...

— No digas eso, ni lo pienses siquiera, Monnerón... Jamás te ha dado una prueba de afecto más grande... Ha retrocedido ante la crueldad de someter tu corazón á

cierta prueba... Yo nunca te hubiera hablado de esto... Pero tienes razón; debo ser completamente sincero contigo... Tú conoces mis ideas, que son también las de Brígida. Para nosotros el matrimonio no es sólo un contrato social; sino un sacramento. Por consiguiente he respondido á Juan que no daré mi hija sino á un católico militante... Como conoce tus principios ha tenido miedo del disgusto que te causaría y ha sacrificado su amor al culto que tiene por ti... Di ahora que no te ama...

— Pero ese sacrificio, yo no le puedo aceptar. La súbita introducción del problema religioso en esta conversación había despertado repentinamente al ideólogo y al partidario. No, volvió á repetir con acento áspero, no lo puedo aceptar. Mi hijo es libre, ya lo sabe. Así se lo he dicho siempre, y, sin ir más lejos, esta misma mañana. El día en que venga á anunciarme: « Soy católico, » no le dirigiré ninguna queja ni le haré la menor objeción. Esta es la diferencia que hay entre nosotros, Ferrand. Yo respeto tanto los derechos de la conciencia, que no me permitiré convertir en cuestión de sentimiento lo que no debe ser más que una cuestión de razón... No tengo que juzgar tu opinión sobre el matrimonio; pero me permitirás que te diga lo que pienso. Tú no tenías derecho para ejercer esa presión en el alma de este muchacho... No tenías ese derecho...

— Por eso no la he ejercido, replicó Ferrand también con tono áspero. A pesar de haberse dominado más que Monnerón, se sentía herido en lo más vivo de sus más profundas convicciones. No era contra su persona sino contra su fe la acusación que acababa de hacerle su antiguo compañero. Una sombra de orgullo herido se reflejó en su semblante. — Cuando hablé á tu hijo como



lo hice, creía que era católico de inteligencia y de corazón, y que vacilaba hasta dar el último paso. Me parecía que tenía derecho para apremiar ese paso y en este caso me cabía ese derecho. No me interrumpas... Pero me equivoqué, y si persisto en creer que el temor de causarte pena ha entrado por mucho en sus vacilaciones, no me cabe duda tampoco de que proceden de su inteligencia... He sentido algunos escrúpulos por la condición que le había impuesto. He visto que mi hija era desgraciada. Él mismo me causó mucha pena cuando vino á pedirme ese dinero... Escribí á Roma el mismo día de su visita para saber si me permitirían casar á mi hija religiosamente con un librepensador. Esta mañana he recibido la contestación... Léela...

Y al decir esto sacó de un cajón de su despacho un sobre y se lo entregó á su adversario. La carta que contenía este sobre comenzaba así: « Muy señor mío: Me he informado en buena fuente sobre la cuestión que me propone, y he aquí la contestación que puede usted tener por cierta. La dispensa de que usted habla es extraordinaria y no se puede conceder por la Dataría ni por la Sagrada Penitenciaría, pero es posible conseguirla de la Congregación del Santo Oficio por las razones que expone usted. Hoy he empezado á hacer diligencias cuyo feliz resultado puede usted considerar como seguro. El matrimonio se celebrará en la sacristía sin ninguna solemnidad, pero con promesa de que la parte cristiana ejercerá libremente su culto y de que los niños serán bautizados. Seguían otros detalles que Monnerón recorrió con la vista. Había leído lo bastante para comprender hasta qué punto había sido injusto. Le confundía la generosidad de un hombre cuya inteligencia detestaba hasta el punto de sospechar de su carácter. La nueva prueba que acababa

de descubrir de la abnegación filial de Juan y del trabajo religioso desarrollado en él, le enternecía y le desesperaba. Y por encima de todo, percibía distintamente esta terrible evidencia : su hijo, tan bueno, tan inteligente, que le había procurado tantas alegrías, amaba y era amado. El padre de la joven consentía en ese matrimonio, le deseaba y le ofrecía, y ese matrimonio iba á ser imposible... Era preciso que él, José Monnerón, respondiese á lo que acababa de decirle Ferrand, lo cual significaba claramente : « Nuestros hijos serán dichosos uno por otro ; unámoslos en seguida... El honor exigía que diese la respuesta con toda sinceridad. Ferrand había decidido conceder la mano de su hija á Juan, pero era ignorando el doble drama en que se veía envuelta la familia Monnerón por Antonio y Julia. En el momento de unir para siempre sus dos familias, ¿el jefe de una podía ocultar al de la otra hechos de tanta gravedad? Un hombre íntegro y probo como José Monnerón tenía que sentir la terrible humillación que le imponía ese deber, mientras que no debía ocultar la verdad. ¿Este revolucionario que tenia el ardor y la sinceridad de un creyente desinteresado, sintió la necesidad, al ver al otro tan fino y bondadoso, de probarle que su doctrina le hacía también capaz de escrúpulos delicados y de enérgica integridad de conciencia? Lo cierto es que devolvió al padre de Brígida la carta diciéndole :

— He hecho mal en quejarme de ti, Ferrand. Lo reconozco y te pido mil perdones... Te has portado admirablemente con mi hijo ; pero ese matrimonio no se efectuará.

— ¿Te opones todavía? repuso Ferrand con verdadera tristeza. Yo no puedo hacer más...

— No soy yo quien me opongo. Tú mismo me vas á



pedir que prohiba á Juan que renueve su petición... El secreto que te voy á confiar es horrible ; pero te lo diré puesto que consentías en el matrimonio de tu hija con mi hijo, haciendo un sacrificio á tu conciencia. Escucha... — Ambos guardaron silencio, y después, agarrando el brazo de su antiguo compañero, Monnerón prosiguió febrilmente : — El dinero que mi hijo vino á pedirte era para restituir el que su hermano había robado en la banca donde estaba empleado. Juan ha dado ese paso sin decírmelo, por no darme un disgusto. Hasta ayer no lo había sabido, y ahora sé el paso que había dado para casarse con tu hija... Pero hay otra cosa peor : Mi hija...

— Detente, dijo Ferrand con la misma emoción que si se hubiese tratado de sus propios hijos y no de los de un condiscípulo separado de él hacía tantos años por hostilidad de ideas. No quiero oir más... Siempre he sabido que eres un hombre honrado, Monnerón. Ahora me das una prueba ante la cual no puedo menos de repetirte lo que te he dado á entender hace poco y te digo claramente : Habla con Juan y cuéntale nuestra conversación. Enséñale esta carta de Roma. Explícale que no exijo nada más que las condiciones que en ella están mencionadas, y si continúa en las mismas ideas, seremos dos para darle el nombre de hijo...

Mientras que estos irreconciliables enemigos de ideas, ambos ya en el borde de la vejez, hallaban en su común cariño por sus hijos y en su recíproca lealtad el terreno de paz que siempre les había faltado, otra escena del vasto drama de guerra civil cuyo teatro es hace un siglo la desgraciada Francia, ocurria en la calle de *Claude Bernard* entre otros dos amigos jóvenes y en el umbral de la vida, Juan Monnerón y Salomón Cremieu-Dax. Y ambos también encontraban, no el remedio á la

inexplicable discordia, — éste no existe, — sino su alivio, su *humanización*, si así puede decirse, en el afecto y en la lealtad. El fundador de la *Unión Tolstoi* había venido muy temprano á ver á su amigo cuya desaparición la víspera en tales circunstancias le había extrañado mucho. Había sabido que un criado vino á buscarle, y nada más. Le había parecido rara la manera con que la insolente Paulina le había dicho que Juan no había vuelto á casa. De allí había ido á casa de Rumesnil, el otro desertor de la *Unión* en esta terrible escena terminada sin porrazos, — así como suena — porque el padre Chanut no había podido pronunciar una palabra, y porque, para que saliese sin que los camaradas de Riouffol le jugasen una mala partida, fué preciso llamar á los agentes de policía. Este lamentable desastre de su Universidad popular no había desalentado al idealista, y ya estaba haciendo diligencias para reconstituir su junta directiva. Había encontrado á Rumesnil en cama con la mano vendada, y éste le había explicado que se había herido por imprudencia manejando un arma de fuego. Cremieux-Dax estaba muy al corriente de los misterios de la vida de este dudoso compañero, y en seguida estableció en el pensamiento un lazo entre este supuesto accidente y la desaparición inexplicable del hermano de Julia. Había vuelto por la tarde á la calle *Claude Bernard* movido por un doble motivo: la inquietud por el amigo á quien quería de veras y el deseo de que le secundara en sus proyectos de reorganización de la U. T. La palidez de Juan, sus ojos quemados por el insomnio y su boca amarga, le habían probado que sus presentimientos no le habían engañado. Pero á sus primeras preguntas afectuosas sobre su salud y la desaparición de la víspera, Juan había respondido como un hombre tan decidido á



guardar absoluto silencio, que el interrogador no había proseguido. Después, cuando el visitante hubo abordado el punto, capital para él, referente á la *Unión Tolstoi*, Juan le contestó:

— Te iba á escribir sobre ese particular, enviándote mi dimisión, si es que todavía existe la *Unión* después de las ignominias de ayer y del desenlace que acabas de contarme. Tú mismo vas á renunciar...

— Menos que nunca; ni tú tampoco. Los oficiales no dan su dimisión en el campo de batalla...

— A menos que reconozcan que se han equivocado de bandera.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Que me creía socialista, y que ya no lo soy; que he sido partidario de 1789 y de la Revolución, y que ya no lo soy; que todas las ideas en que me han educado y que yo he aceptado como indiscutibles me parecen hoy radicalmente falsas. He creído que había una antinomia irreducible entre la Ciencia y la Religión, y veo un acuerdo absoluto entre ellas. He creído que la democracia estaba de acuerdo con la ciencia, y veo en ella una degeneración y una regresión mental... No sabemos lo que es la sociedad, luego no podemos tratar de reformarla científicamente...

— Razonamiento de cobarde, dijo Cremieu-Dax. Debemos llegar á más justicia y sin perder tiempo, puesto que lo podemos.

— Razonamiento de orgulloso, que conduce derecho á la anarquía, replicó Juan. ¿Qué es la justicia? Lo que tú crees justo... Cien años hace que cada uno en este país se hace juez de toda la sociedad en nombre de lo que él llama su conciencia y que no es más que su pasión dominante. Ese es el secreto de la agonía de Francia...

— ¿Entonces tú quieres conservar la sociedad como es, con todas sus infamias?

— Quiero tratarla como nos enseña la psicología á tratar un cuerpo vivo, por la experiencia. Tenemos una experiencia instituída por la naturaleza, la tradición bajo todas sus formas. Tenemos una patria, aceptémosla; una familia, aceptémosla; una religión...

— Sigue hasta el fin, dijo Cremieu-Dax con extraordinaria violencia, y atrévete á pretender que debes ser católico científicamente.

— Científicamente, sí. Entendámonos: la fe no es una geometría ni una química. La fe no se demuestra. Pero no sólo la Ciencia no se opone á la fe, sino que al contrario indica esta solución como la más razonable. Y esta solución es la que yo he resuelto aceptar. Sí, he decidido hacerme católico, como lo han sido mis antepasados durante muchos siglos. Quiero empaparme en la antigüedad de Francia. No quiero vivir sin mis muertos... He encontrado su fe y no la dejaré morir...

— ¿Su fe? ¿Tú, hacerte católico? No me digas eso. Vamos, eso no es posible. No es cosa de hacerse católico con tu inteligencia.

— Pues con esta he llegado á ser católico, y espero seguir siéndolo.

— ¿Y le has manifestado esa resolución á tu padre?

— Le he dicho bastante para que la adivine.

— Si es así, dijo el fundador de la *Unión Tolstoi* levantándose, nada tengo ya que hacer en tu casa. Tú estás en el otro lado de la barricada. Ya no nos conocemos más...

— ¿Te enfadas conmigo?

— No hago más que tomarte la delantera, respondió Cremieu-Dax con una especie de amargura en que vibraba la pasión revolucionaria. Y el sentimiento



más secreto y patético del alma judía, el horror del *ghetto* moral se deslizó con su voz para añadir: Te avergonzarás de haber sido mi amigo. Por respeto á nuestra juventud, prefiero ahorrarme ese espectáculo... Adiós!...

— Puesto que lo tomas de ese modo, ¡Adiós!...

Esta violenta ruptura con un amigo tan querido y cuya intolerancia salvaje había advertido tan repentinamente, fué para el hermano de Antonio y de Julia la última y más insoportable desgracia. Había bebido el cáliz hasta las heces. El primer consuelo le vino del regreso inesperado del mismo Cremieu-Dax que se había ido sin darle la mano y que se presentaba en su cuarto media hora después.

— No puedo separarme de ti de ese modo. Es preciso que nos demos la mano. No te resientas por mi viveza de hace poco. La he sentido mucho...

— ¿Pero por qué?... ¿No podemos ser amigos teniendo ideas diferentes?

— No, replicó Cremieu-Dax con una melancolía que no le conocía su amigo. Podemos tener entre nosotros procederes amistosos; pero nuestro viejo *Conciones* tenía razón: *Idem velle, idem nolle, ea demùm amicitia est.* No hay amistad, como tampoco hay familia, sino en la comunión de la fe profunda. Esa comunión la hemos tenido; pero ya no la tenemos. No podemos impedir á las ideas que nos lleven á donde ellas van. La guerra entre Roma y Jerusalén no ha comenzado hoy, sino que data de Tito y de la batalla con motivo del Templo. Es la lucha entre la organización conservadora que representaban las legiones y el Ideal que representaba Israel; entre la política realista y lo absoluto; entre el orden pacificador, pero inicuo, y la Justicia revolucionaria, pero sublime. Mira bien al fondo y ve

si no acabamos de decirnos en el lenguaje de hoy las palabras del diálogo trágico que empezó por un duelo en la montaña de Moriah... No podemos ya ser amigos, como no lo hubiéramos sido estando en los dos ejércitos que allí pelearon, tú en un campo, yo en el otro... Pero, no obstante, en nombre de nuestra antigua amistad, prométeme que no me olvidarás por completo...

— Te prometo que seré siempre tu amigo, aun á pesar mío... dijo Monnerón. Salomón meneó la cabeza. En sus ojos apareció inexplicable tristeza, la de un eterno desterrado cuya sola existencia es la milagrosa prueba de que se han cumplido las profecías y que se niega á reconocer esta evidencia. Y salió sin responder nada á su compañero. Juan estaba aún bajo la impresión terrible de estas dos escenas. ¡Qué brusco resplandor le preparaban sus ideas actuales! De repente vió aparecer á su padre, cuyo aspecto le reveló en seguida que ocurria otra cosa extraordinaria. El profesor tenía en la mano un sobre y se lo entregó á su hijo diciéndole:

— ¿Quieres enterarte de esto?...

Juan miró el sobre y vió el nombre de Ferrand, el sello de Roma y el nema con las armas cardinalicias. Sacó la carta que contenía y empezó á leerla mientras que José Monnerón le miraba con infinito enternecimiento.

— ¡Ah! padre mío, tú sabes...

— Todo lo sé y puedes darte por muy contento; á no haber sucedido así, jamás te hubieras casado con Brígida Ferrand.

— Pero no me casaré con ella. Bien comprenderás que ahora es imposible esta boda...

— ¿Crees que hubiera yo soportado engañar á nadie? Ferrand sabe nuestras desgracias...



— Le has dicho...

— Lo que debía decirle.

— ¡Padre de mi alma! ¡Tú has hecho eso! ¡Qué ingrato te pareceré ahora que acabas de ser tan bueno para mí? Pero no puedo aprovechar el permiso de esta carta. Si me caso con Brígida Ferrand, será adoptando su religión absolutamente, y esto no lo haré sin tu autorización.

— Siempre has sido libre. No tienes necesidad de mi autorización; pero, puesto que la quieres, yo te la doy... Y ahora, vete corriendo á casa de tu novia...

Cuando el profesor se vió solo en su biblioteca después de haber enviado á Juan á la calle de *Tournón*, se dejó caer en el sillón de su escritorio poseído de sentimientos tan contradictorios que ni él mismo los podía desenredar. De sus cuatro hijos había por lo menos uno dichoso, como había dicho la pobre Julia. Tenía el medio de reparar en una medida tolerable las desgracias de los otros dos, y el cuarto tenía por delante todo el porvenir. Pero él estaba abatido. La conversión de Juan á la idea que con más pasión había aborrecido desde que pensaba, le causaba una pena que no conseguía disipar, y estaba condenado á soportarla solo. Otra de los impresiones que traía de su visita á Ferrand, era la visión, en la dulce y fina Brígida, de la verdadera compañera de espíritu, y en ese instante, la presencia de su mujer, de su compañera tan mal pareada, fué otra tristeza más. Su angustia era tan grande que para desecharla tomó maquinalmente, como lo solía hacer en sus horas de fastidio, uno de los tomos de la colección Boissonade que tanto le habían consolado. Por recuerdo del jueves de la semana pasada echó mano al *Esquilo* que había leído con su hijo. Abrió

el volumen y cayó sobre el pasaje de los *Cæforos* en que Electra y Orestes imploran los manes de Agamenón, con este estribillo de letanía : « *Oh padre mio... — Acuérdate del baño donde fuiste inmolado, padre mio... — Al recuerdo de tales ultrajes ¿ te despiertas, padre mio?... Escucha esta última queja que te dirijo, padre mio...* » Hasta esta trivial y magnífica comparación : « *Sí, los hijos, monumentos gloriosos, salvan del olvido á un padre que ya no existe, á manera de los trozos de corcho que hacen sobrenadar las redes para que no se hundan...* »

— Y yo, pensaba José Monnerón, me perderé entero en el abismo. Nadie será mi monumento glorioso. Estoy separado de mi hijo. Y por primera vez quizá, sintiendo que se apoderaba de él la duda sobre las convicciones á cuya pauta había ajustado su vida, dijo en voz alta : « ¿Me habré equivocado?... » Después, dándole su conciencia un testimonio de que siempre había obrado de buena fe, se levantó y se reconfortó pensando : « No, no estoy separado de él. Si me he equivocado, le habré servido de experiencia... » No sospechaba que en ese mismo momento, Ferrand, el enemigo de todas sus doctrinas, hablaba de él á Juan en términos casi idénticos á los que acababa de emplear Monnerón para reivindicar su parte indestructible y bienhechora en el ser íntimo del hijo de su inteligencia, que ahora era un enemigo espiritual.

— Vais á empezar la vida de casados con esa dura prueba, decía el tradicionalista á Juan, pasadas las primeras efusiones. Siempre hay que pagar un rescate por la dicha. Pero ambos le pagaréis con valor... Tú puedes salir bien ahora donde tu padre se ha hundido, y fundar una familia burguesa. Lo puedes porque no eres de la primera generación. Se necesitan varias generaciones para esta obra que no se improvisa. Tú estás maduro para ella y para lo que constituye nuestro gran deseo común : *Por vosotros se puede salvar la Francia.* Ya te acordarás de lo que decía el jueves pasado : no hay transformación repentina de clases, y hay clases puesto que hay familias, así como hay familias puesto que hay sociedad... Para que las familias aumenten se necesita tiempo. Estas no llegan sino por etapas. Tu abuelo y tu padre han creído, así como el país entero desde hace cien años, que se puede saltar la etapa. Pero no se puede. Han creído en el gran poder del mérito personal. Este mérito no es fecundo ni bienhechor sino cuando es familiar. La naturaleza, más fuerte que la utopía, y que no consiente que se marche contra sus leyes, obliga á todas las familias que pretenden forzarla, á hacer en el sufrimiento esa etapa que no hicieron en salud. Tu padre ha sido tu experiencia. Los sufrimientos que ha padecido, en él y en los suyos, han acabado de abrirte los ojos... Fundarás un hogar porque has adquirido por sus pruebas, comprendiéndolas é interpretándolas, la certeza que á él le ha faltado. Le fundarás tanto más sólido cuanto que ejercerás el mismo oficio que él. Es otra de las leyes profundas de la Naturaleza Social. Es más que probable que tendréis horas difíciles, cuando su espíritu entre de nuevo, respecto de Brígida y de ti, en lucha con su corazón. Pero es tu padre y ha hecho la Etapa por ti dolorosamente. No lo olvides jamás...

FIN